

Cuando un creador literario comienza a escribir suele compararse con el amigo más próximo en estas lides. La dinastía de los Goytisolo está embrujada por el laberinto de la narración y de la poética desde hace muchos años pero rompiendo esta regla: los puntos de referencia son Marcel Proust, Rafael Alberti o Federico García Lorca. El mayor de los tres hermanos se llama José Agustín. Es abogado pero no ha ejercido jamás. Sus gustos lo han decantado hacia la arquitectura y la invención de

versos. Bastantes de los poemas que ha creado han sido dedicados a su hija Julia. Encuadrado en el grupo de los «poetas industriales», dice pertenecer a la «derecha inhumana». A pesar de ello, le encanta que los periodistas le pregunten por sus querencias ácratas. José Agustín Goytisolo está marcado por el mismo estigma que acompaña a Jorge Luis Borges: no se dirige a «épater les bourgeois» sino a «épater les gauchistes». Es una especie de constante.

José Agustín Goytisolo, poeta industrial

Carlos Pérez Caverio

«Nunca se me ha ocurrido decir que soy un hombre humilde. Los que lo afirman son unos mentirosos»

Desde aquel primer libro, «el Retorno», que fue premio Adonais hasta el último volumen publicado «Del tiempo y del olvido», han pasado más de veinte años. Es un plazo prudente para mirar atrás y hacer recapitulación de los demonios y duendecillos que han domeñado al autor. Esos duendes lo han conducido, hace poco, a prologar una edición póstuma de José Lezama Lima y una antología. José Agustín Goytisolo preparó también un estudio sobre Jorge Luis Borges y es precisamente con la referencia al famoso autor argentino como comenzamos la entrevista:

—Borges es un hombre conservador pero no tan reaccionario como él mismo quiere aparentar. Protagoniza una forma de actuar muy curiosa y que yo ya expliqué en el prólogo de «Posible imagen de Jorge Luis Borges». Así como antes había un juego que se llamaba «épater les bourgeois» (asustar a los burgueses), él se dedica a «épater les gauchistes» (asustar a los izquierdistas). El primer día que estuve con él, sucedió lo siguiente. La primera mitad de la mañana estuvo tratando de aterrarme. Recuerdo que decía cosas como que los negros son estupendos para convertirse en esclavos porque tienen el cerebro pequeño y la pichula enorme. También contaba que el problema de la guerra del Vietnam se acabaría rápidamente si arrojaban bombas atómicas.

—¿Y usted se escandalizaba de tales despropósitos?

—Cuando vio que no contestaba me dijo que había notado que no me sorprendía de sus afirmaciones y que le extrañaba pues me suponía un escritor rojazo. Respondí que sólo me interesaba hablar de su poesía. Entonces, me preguntó si yo la conocía bien. Cuando le aseguré que tenía leída toda la obra poética se animó. El resultado fue una antología preciosa que hicimos entre los dos.

—¿Dónde hay que escarbar para encontrar al verdadero Borges?

—En los cuentos siempre habla de ficciones. Es su poesía la que explica quién es él y lo que le pasa. El aparentar ser más reaccionario de lo que verdaderamente es en política. Sin embargo, en literatura es clásico porque es un revolucionario, sobre todo, en poesía.

EL OBRERISMO

—Toda su producción supone una reacción contra el llamado «realismo socialista». ¿Sus inicios versificadores resultaron una respuesta a lo que se venía haciendo en la postguerra?

—Sí, pero eso era facilísimo. No se necesitaba ser un genio. Los que iban para poetas celestiales eran la peor bazofia que ha habido jamás. Lo que sí considero un mérito es que algunos de mis amigos y yo nos salvamos de lo que denominan «obrerismo». Evitamos esas estrofas que cuentan como «el obrero y la obrera se comen de la tartera». Nuestra poesía iba más lejos, en este sentido, no era la lírica del realismo socialista. La gente no nos podía meter en un mismo saco a moros y judíos.

—Cuando inventa un poema, ¿de dónde arranca, del interior del autor o del exterior? ¿Se trata de dos mundos unidos o contrapuestos?

—Es un poco de todo. Si no hubiera leído ciertos libros no hubiera escrito nada. He publicado por varias razones. En primer lugar, porque creía que tenía algo que decir. También porque lo que se estaba haciendo hasta entonces no me gustaba. En cualquier caso, lo cierto es que, sabía que uno de los componentes de un poeta es la vanidad. Yo siempre he sido muy vanidoso. Cuando estoy convencido que una cosa está bien la publico y la enseño. Nunca se me ha ocurrido decir que soy un hombre humilde. Lo que lo afirman son unos mentirosos. Si un señor expone



un cuadro es porque le parece que merece la pena. Una persona que haga poemas se encuentra en la misma situación y no se los traga sino que los publica. Es un orgullo más que una vanidad.

—¿Qué caminos mentales suceden a la primera sensación hasta que queda convertida en texto literario?

—Tengo muchos papelitos. Eso quiere decir que me apunto todo. Cuando se me ocurre algo lo anoto y lo guardo. Escribir una obra es una decantación. Si pasa la barrera de las tres o cuatro lecturas y piensas que eso que quieres decir puede quedar bien, te lanzas. Luego, hay que corregirlo y recorregirlo; meterlo en un cajón y volverlo a sacar y, al final, se cambia todo. De lo que hiciste al principio sólo queda una frase o una idea o nada. De cualquier forma, es una elaboración. Es trabajar sobre un material de aluvión y ver qué sale. Sin embargo, no se puede publicar así como así. Resultaría tremendo el publicar las sensaciones tal y como uno las siente.

LA MELODIA

—¿Se plantea la melodía como algo unido al tema de la poesía o como circunstancia separada?

—No hago esas consideraciones. A mí me sorprendió el que cantaran mis poemas. Yo les llamo canciones porque, a buen seguro, les he puesto música en mi cabeza. Pienso que cada temática exige una forma diferente. Eso que se ha dado en llamar «verso libre» es mucho más difícil que el rimado. Si quiere yo le hago los sonetos en pocos minutos.

—Entonces, ¿hasta qué punto es decisiva la musicalidad en el verso?

—Depende. En ocasiones es importante y también no lo es. Si el poema es salmodiado hay que hacer una salmodia. Si

es narrativo se ha de recurrir a otro tipo de ritmo. Esta cuestión está en conexión con el tono y sujeta al tratamiento del tema y a la intención con que se quiera presentar.

—¿Ha intentado la poesía visual como una forma positiva de llevar un símbolo más coherente al lector?

—Jamás. Esas cosas ya las hicieron Apollinaire y los vanguardistas franceses muy bien. A mí, particularmente, me interesa poco.

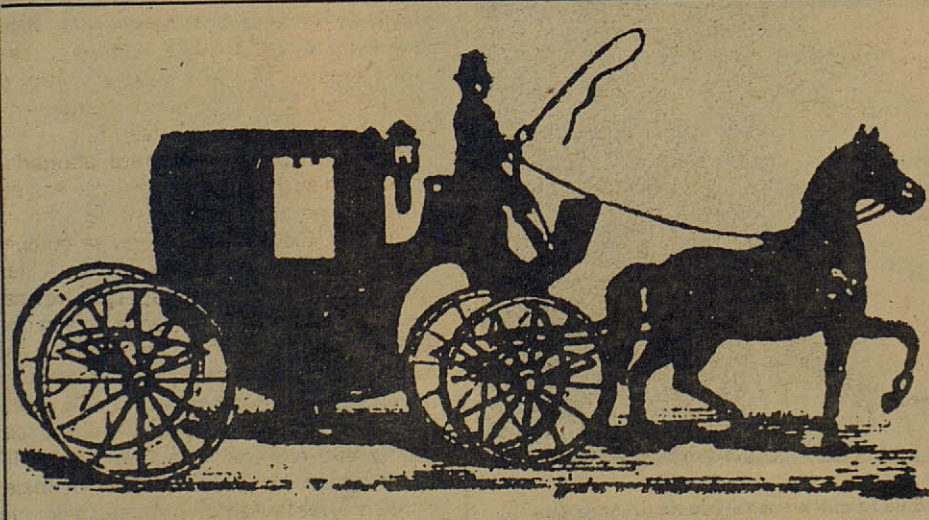
—Los profesores de literatura afirman que todos los autores tienen unas constantes, que todos hablan del amor, de la muerte, del espacio, del tiempo. ¿Cuáles son las constantes de usted?

—No lo sé. No puedo copiar a los críticos. A lo mejor, resulta que me confunden con Gil de Biedma o con Valente pero yo nunca he escrito para diferenciarme de nadie. En España, no existe crítica de poesía y los que mejor la hacen son los propios poetas. Conozco a un señor que hizo un ensayo muy largo para buscar las constantes que aparecían en la obra de un poeta catalán. Resultaron las palabras que se repetían frecuentemente como «amor» o «dolor». Son términos que, desde Homero, salen en todos los poetas del mundo. Me parece que esas investigaciones no tienen ningún interés. A lo mejor, resulta que las palabras «conejo» o «eucalipto» son más fundamentales y eso no te lo dice ningún crítico.

EL ARTIFICIO

—Alguna vez, usted escribió en un libro «así son pues los poetas / las viejas prostitutas de la Historia». Me gustaría que comentara esta visión tan desengañada de los vates.

—Yo digo las cosas que existen de una manera diversa para llamar la atención de



«La fama no es mala para un escritor formado, pero sí para el que comienza»

la gente. Si sales con que el poeta es un pobre hombre, nadie te hace caso. Si les llamas prostitutas, se fijan más. Esto se llama no oficio sino artificio, lo cual es muy importante. Hay que procurar que te escuchen cuando hablas. Respecto a la opinión que expongo en los versos que cita, creo que está muy clara la jugada. Si uno repasa la historia de la poesía castellana, desde el Arcipreste de Hita hasta Fay Luis de León y pasando por Quevedo y Cervantes, puede hacer una antología de las personas que han estado en la cárcel. Es impresionante. Hay alguien que ha escrito un libro titulado «antología de la poesía española de cárcel». Salvo los que estuvieron fuera, aparecen todos. El poeta vive bajo la tolerancia del poder, o sea, exactamente igual que las prostitutas.

—¿Su producción literaria se ampara en una preocupación de tipo sociológico?

—La tengo siempre. Una persona sola no tiene sentido. Hay que estar en relación con los demás. Yo procuro tomar la onda de la gente y saber lo que les pasa. Es lo que hacían Quevedo o Boscán. No es populismo. Es la certeza de que el testimonio tuyo coincide con el lector.

—¿La coincidencia tiene lugar por casualidad?

—La casualidad, naturalmente; se ha de buscar. Repito que no es populismo. Populismo es darle gusto a la gente y de lo que se trata es de darles marcha.

—No entiendo bien la diferencia existente entre dar gusto al lector y darle marcha.

—Se lo explicaré con un ejemplo. Darles gusto es decir «¡Oh! ¡pobre obrero que te fastidian!» y tal y tal. Darles marcha es hacer un poema irónico sobre el patrón en el que se diga que ese hombre es genial. En la cuestión amorosa dar gusto equivale a declarar: «¡Oh! yo amo a esta mujer». Darle marcha supondría escribir algo a la mujer en la que se constata que es despietada, absurda y parece una vaca pero tú estás enamorado de la vaca.

FACCIONES DURAS

José Agustín Goytisolo reside en lo que fue antiguo barrio de San Gervasio. Sin embargo, la conversación tiene lugar en un céntrico hotel, muy próximo al barrio gótico barcelonés. Ha llegado un poco tarde a la cita pero sólo es el cuarto de hora ya clásico en el país. Sus facciones son duras y apenas mueve la boca al hablar. Le pregunto si está triste y me dice que no, que sólo se encuentra un poco cansado.

A veces, el entrevistador se siente cohibido porque el poeta contesta con desgana, casi como si no le importara absolutamente nada lo que está diciendo. Mientras hablamos, Goytisolo permanece muy serio pero, si sonrío parece que es inmensamente feliz. Entonces, es cuando se comprende que una de sus ansias mayores es el divertimento.

El parecido físico con sus hermanos Juan y Luis es sorprendente. Mi interlocutor dice que se lleva muy bien con ellos y que tienen una casa en común. José Agustín no es tan locuaz como Luis pero puede llegar a resultar más chocante. Intenta dar la impresión de que está en la verdad pero de forma sutil. Al inquirirle sobre determinadas cuestiones, se manifiesta por medio de litotes, o sea, que dice lo contrario de lo que quiere afirmar. Así, por ejemplo, asegura que para nadar le gusta la montaña y para tomar el aire le agrada el mar. Tiene cierta aura de genio y ello se patentiza cuando le pregunto si es una persona optimista:

—¡Hombre! Depende. Si usted me habla del futuro de este país, no. Pero, en general, pues... tampoco. El futuro de la bola del mundo lo veo muy mal. Sin embargo, pasado mañana, será quizá un día fabuloso. Yo soy ateo de derechas. Soy partidario de todos los dioses. No de uno sino de todos.

—¿Ha participado alguna vez en un safari?

—Sí. Hace aproximadamente un año, estuve en un safari al sur de Argelia. Fueron doce días en el Gran Sur. Durante este período, preparé unos informes para el Ministerio del Habitat argelino.

INFANCIA SORDIDA

—Yo he leído una frase que usted escribió y en la que contaba que había tenido «una infancia triste y sordida». ¿Cómo recuerda aquellos años ahora, que ha pasado mucho tiempo?

—No es exacto. Mi infancia fue maravillosa hasta el 36. Yo era como un principito hasta entonces. Era muy feliz y lo tenía todo. Luego, se acabó porque mi madre murió en un bombardeo. Entonces fue cuando vino lo sordido pero no antes.

—¿Esa trágica circunstancia lo precipitó hacia el escepticismo que le creo advertir?

—No. Lo que pasa es que estoy lleno de muy mala leche y aún no se me ha ido. Por otra parte, estoy orgulloso de que sea así. Ahora que todo el mundo es bueno, me encanta ser malo.

—¿Cómo? ¿Dice que le agrada ser malo?

—Sí. Me gusta divertirme como una pantera. Por ejemplo me resulta estupendo ir a buscar a mi hija o comprarle un sombrero a mi mujer. Esto me divierte mucho. También me encanta escribir o tomarme un gin con usted. Si pudiera pasármelo mejor lo haría. Lo que me fastidia es que no hago todo lo que me apetece.

—Hay quien asegura que la vena creativa de un artista tiene su cénit en la juventud. Hay muestras históricas de que, en efecto, llega a suceder así. Dado que José Agustín Goytisolo tiene 50 años ¿no se siente un poco acabado?

—En absoluto. El año pasado, publiqué dos libros que creo han resultado ser los más importantes de mi vida. Además, preparo otras cosas. Hay gente que se ha quemado con el franquismo pero yo empiezo a respirar en estos momentos. Espero escribir mucho mejor, con más gusto y divertirme. Es cierto que no me gustaba ni el señor que había, ni el régimen ni nada. Para mí, el final de la dictadura es importante para empezar a decir cosas sin pensar en la censura ni en los críticos literarios de este país. Ahora, escribiré lo que me pase por las narices y como siempre he procurado hacerlo, pero mejor.

«ALGO SUCEDE»

—Quizá no tenga tantos motivos para quejarse de esta manera. Me da la impre-

sión de que los autores de novela han sido más censurados que lo poetas.

—Está equivocado. A mí llegaron a prohibirme un poema. «Algo sucede», que daba título a un libro. Estaba dedicado a los que estuvieron conmigo en los Capuchinos en la constitución del primer sindicato democrático de estudiantes que se hizo de forma pública. Yo fui uno de los organizadores a pesar de que ya no era universitario. Volviendo a lo que decía. ¿Por qué la gente como José Angel Valente, Angel González o yo nos presentábamos a todos los premios que había? Simplemente para obtener una patente de corso y que te dejaran respirar. Era preciso ganar el «Adonais», «Boscán» o el «Ausias March». ¿Para qué? pues para que te dejaran publicar. Si no, te convertías en un paria. Era necesario hacerlo descaradamente mejor que los demás. Me molesta la competencia pero, entonces, debías hacerla porque de lo contrario, no publicabas.

—¿Cuándo les viene a las tres hermanas la afición por componer versos o por escribir narraciones?

—Después de que mi madre murió, mi padre prohibió que se citara el nombre de ella. Llegó a cambiar el nombre de la chica de servicio que había en casa ya que se llamaba igual que mi madre: Julia. La bautizó con el nombre de Eulalia. A esa edad que yo tenía, no entiendes lo que pasa. No comprendías que te prohibieran hablar de ella como si se hubiera escapado con un amante. En la biblioteca, empezamos a leer ediciones en francés y obras de la generación del 27 que tenía mi madre guardadas. Leíamos a Alberti, Lorca o Proust.

EXPULSADO DE LOS JESUITAS

—Siempre he tenido el convencimiento de que para poder dedicarse a la literatura es necesario provenir de una familia acomodada. ¿Estaban muy bien situados económicamente sus padres?

—Después de la guerra, cualquier familia era más acomodada que la nuestra. Eramos del bando perdedor. Además me expulsaron violentamente de los jesuitas de Sarrià junto con Alberto Blancaflor, el que actualmente es director de los coros de Radiotelevisión Española. Teníamos cartilla de racionamiento como todo «quisqui» y un hambre de carajo. Luego, pasé por las peores pensiones de Madrid. Ha sido después, cuando he vivido mejor.

—Pero, es indudable que su ámbito podría ser definido como burgués.

—Burgués no, aristócrata, que es más fastidioso. Sin embargo, se trata de otra

historia. En cualquier caso, fuimos tres niños rojos y sin un duro. El hecho de que perteneciéramos a una familia con historia es debido a que somos vascos y todos los vascos tienen tradición. Nos convirtieron a palos en el siglo IX. Descendemos de Arteaga. Nuestro bisabuelo era vasco y emigró a Cuba. Mi abuelo nació cubano y mis padres catalanes.

—Siendo que es abogado ¿cómo es que se dedica a la arquitectura?

—La abogacía no la he ejercido en mi vida. Trabajo en arquitectura pero no tengo título.

AYUDAS EXTRAPOÉTICAS

—Conozco autores que utilizan ayudas extrapoéticas a la hora de componer versos. A veces, resulta que antes de leer las estrofas tienes que hacer un barquito de papel o resolver una especie de crucigrama. Bien es cierto que quizá no sean extraopéticas pero ¿no cree que es una forma de despistar al lector?

—Eso es lo de menos. El que haya que hacer barquitos no tiene importancia. Lo verdaderamente interesante es que el receptor lea lo que escribes a pesar de no estar de acuerdo y encima diga que está bien. Esos trucos tipográficos a que se refiere me atraen poco.

—Usted es un poeta de los que llaman consagrados. ¿Esta circunstancia hace que vengan a visitarle autores jóvenes y que le entreguen sus versos para conocer la opinión del «maestro»?

—De «maestro», nada. Leo todo lo que me envían. Hasta ahora, no he conocido ninguna presunta novedad de la cual no tuviera idea ya previamente. Hay quien dice: «El árbol está perfectamente puesto en el horizonte» o te envía un poema metido en una caja de cerillas. Sin embargo, me parece que para darle marcha al lector hay muchas maneras. Lo bueno es decirle lo contrario de lo que piensa y que se lo tenga que tragar porque le gusta. Yo soy tan cretino que me leo todo. De la gente muy joven, sólo he encontrado tres o cuatro poetas que están bien pero no le voy a decir los nombres.

—¿Por qué motivo no quiere citarlos? Piense que, a lo mejor, es muy positivo para ellos el salir en las páginas de un periódico.

—No. Si los nombran empiezan a escribir mal. La fama no es mala para un escritor formado pero sí para el que comienza. Existe el peligro de que llegue la vanidad y ésta tiene que venir cuando has hecho algo realmente importante.

LOS «POETAS INDUSTRIALES»

—A los literatos de su generación los denominaron «poetas industriales». Cuénteme, por favor, sus andanzas madrileñas y el porqué de dicha clasificación tan original.

—La primera vez fuimos como poetas a Madrid, Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral y yo, nos presentamos en el Ateneo y nos llamaron, en efecto, los «poetas industriales» porque decían que hablábamos de las letras de cambio protestadas, de las huelgas de los tranvías y de las casas de prostitutas. Los demás sólo hacían referencia a «la encina», «la meseta» y todas esas cosas. Tuve mucha suerte de conocer en Madrid a gente como Angel González o José Angel Valente.

Poeta industrial, aristócrata, abogado y arquitecto se han unido en José Agustín Goytisolo para dar la imagen de un hombre lúdico. Lleva una vida que se convierte en juego a cada instante. A veces, desconcierta porque no lo esperas. Normalmente, agrada hasta el punto de arrancar sonrisas. Conversar con Goytisolo es darse cuenta de que estamos en la hora del personaje perdido y de que lo único importante es divertirse. Entre sus diversiones, puedo recordar que le encantan las sopas de ajo. Después de cenar juntos en el mismo restaurante, a mí me enloquecen también las sopas de ajo.



«Lo interesante es decirle al lector lo contrario de lo que piensa y que se lo tenga que tragar porque le gusta»